

UNA FORMULA SEUDOCIENTIFICA y DEL SENTIDO DEL HUMOR

Lin Yutang*

UNA FORMULA SEUDOCIENTIFICA

Comencemos con un examen de la conformación mental china, que produjo esta filosofía de la vida: gran realismo, inadecuado idealismo, un alto sentido del humor, y una gran sensibilidad poética hacia la vida y la naturaleza.

La humanidad parece estar dividida en idealistas y realistas, y el idealismo y el realismo son las dos grandes fuerzas que moldean el progreso humano. La arcilla de la humanidad se hace suave y dócil por el agua del idealismo, pero la materia que la tiene unida es, después de todo, la misma arcilla, pues de lo contrario podríamos evaporarnos todos, convertirnos en Arieles. Las fuerzas del realismo y del idealismo se tironean una a otra en todas las actividades humanas, personales, sociales y nacionales, y el verdadero progreso se hace posible por la apropiada mezcla de estos dos ingredientes, de modo que la arcilla se mantenga en su condición ideal, dócil, plástica, a medias seca y a medias húmeda, ni endurecida e inmanejable, ni disuelta en barro. Las naciones más sanas, como la inglesa, tienen idealismo y realismo mezclados en las debidas proporciones, como la arcilla que se mantiene maleable y no se endurece quedando fuera del estado en que puede modelarla el artista, ni se hace tan aguada que no pueda conservar la forma modelada. Algunos países se ven arrojados a perpetuas revoluciones porque en su arcilla se ha inyectado algún líquido de ideales extraños que no está debidamente asimilado todavía, y por ello la arcilla no puede mantener su forma.

Un idealismo vago, no crítico, se presta siempre al ridículo, y un exceso de él puede ser un peligro para la humanidad por conducirla en giros constantes e inútiles a la caza de ideales imaginarios. Sí hubiese demasiados de estos idealistas visionarios en cualquier sociedad o pueblo, las revoluciones estarían a la orden del día. La sociedad humana sería como una pareja idealista que siempre se cansara de un lugar y cambiara de residencia regularmente cada tres meses, por la sencilla razón de que ningún sitio es ideal y el lugar donde uno no está parece siempre mejor porque uno no está allí. Por fortuna, el hombre está también dotado del sentido del humor, cuya función, según la concibo, es la de ejercer la crítica de los sueños del hombre, y ponerlos en contacto con el mundo de la realidad. Es importante que el hombre sueñe, pero es quizá igualmente importante que pueda reírse de sus sueños. Este es un gran don, y los chinos lo tienen en abundancia.

El sentido del humor, del que trataré con mayor extensión en un capítulo ulterior, parece estar muy íntimamente relacionado con el sentido de la realidad, o realismo. Si el bromista es a menudo cruel al desilusionar al idealista, cumple de todos modos una función muy importante en ese mismo aspecto, al no dejar que el idealista se dé de cabeza contra el muro de piedra de la realidad, y reciba un golpe más rudo. También alivia gentilmente la tensión del acalorado entusiasta y le hace vivir más tiempo. Al prepararle para la desilusión hace probablemente que haya menos dolor en el impacto final, porque un humorista es siempre como un hombre encargado del deber de dar malas noticias suavemente a un enfermo agonizante. A veces la suave advertencia del humorista salva la vida del enfermo agonizante. Sí, idealismo y desilusión deben ir necesariamente juntos en este mundo, debemos decir que la vida es cruel, y no que es cruel el bromista que nos recuerda la crueldad de la vida.

A menudo he pensado en fórmulas por las cuales se puede expresar el mecanismo del progreso humano y del cambio histórico. Me parecen ser así:

Realidad - Sueños = Un ser animal.
Realidad + Sueños = Un dolor de Corazón (comúnmente llamado Idealismo).
Realidad + Humor = Realismo (llamado también Conservadurismo)
Sueños - Humor = Fanatismo.
Sueños + Humor = Fantasía.
Realidad + Sueños + Humor = Sabiduría.

De modo, pues, que la sabiduría, o el más alto tipo de pensamiento, consiste en atenuar nuestros sueños o idealismo con un buen sentido del humor, apoyado por la realidad misma.

Como puras aventuras en formulaciones seudocientíficas, podemos proceder ahora a analizar los caracteres nacionales de la siguiente manera: Digo "seudocientíficas", porque desconfío de todas las fórmulas muertas y mecánicas para expresar cualquier cosa relacionada con asuntos humanos o con personalidades humanas. Poner los asuntos humanos en fórmulas exactas demuestra ya una falta de sentido del humor y, por ende, una falta de sabiduría. No quiero decir que no se hacen estas cosas: sí, se hacen. Por eso tenemos hoy tanta seudociencia. Cuando un psicólogo puede medir la inteligencia o la percepción de un hombre (¹), es porque estamos en un mundo bastante pobre, y han surgido especialistas que usurpan la escolástica humanizada. Pero si reconocemos que esas fórmulas no son más que modos cómodos, gráficos, de expresar ciertas opiniones, y mientras no arrastremos el sagrado nombre de la ciencia para que nos ayude a dar publicidad a nuestras mercancías, no se hace mal alguno.

Las que siguen son mis fórmulas para los caracteres de ciertas naciones, enteramente personales y completamente al margen de toda prueba o verificación. Todos tienen derecho a discutirlos y a cambiarlos o agregar otros, siempre que no sostengan que pueden demostrar sus opiniones privadas con una masa de hechos y cifras de estadística. Hagamos que "R" represente al sentido de realidad (o realismo), que "I" valga por sueños (o idealismo), "H" por el sentido de humor y —añadiendo un ingrediente de importancia— "S" por sensibilidad (²). Y, además, hagamos que "4" signifique "anormalmente elevado", "3" signifique "elevado", "2" "regular", "1", "bajo", y tendremos las siguientes fórmulas pseudoquímicas para los siguientes caracteres nacionales.

Los seres humanos y las comunidades se comportan diferentemente, pues, según sus distintas composiciones, como los sulfatos y sulfuros, o el monóxido y el bióxido de carbono se comportan diferentemente. Para mí, lo interesante es siempre ver cómo las comunidades humanas o las naciones se comportan diferentemente en condiciones idénticas. Como no podemos inventar palabras como humorato o humoruro, según se hace en química, lo podremos decir así: "3 granos de Realismo, 2 granos de Sueños, 2 granos de Humor y un grano de Sensibilidad hacen un inglés"(³).

R3I2H2S1 == Los ingleses

R2I3H3S3 == Los franceses

R3I3H2S2 == Los americanos

R3I4H1S2 == Los alemanes

R2I4H1S1 == Los rusos

R2I3H1S1 == Los japoneses

¹ No objeto la limitada utilidad de los tests de inteligencia, sino sus pretensiones de exactitud matemática y constante como medidas de la personalidad.

² En el sentido de la voz francesa *sensibilité*.

³ Con mucha razón, se podrá sugerir la inclusión de una "L", en representación de la facultad lógica o racional, como elemento importante en la conformación del progreso humano. Esta "L" funcionará a menudo o pesará contra la sensibilidad, una percepción directa de las cosas. Podría intentarse tal fórmula. Personalmente, creo muy bajo el papel de la facultad racional en asuntos humanos.

DEL SENTIDO DEL HUMOR

Dudo que haya sido plenamente apreciada la importancia del humor, o la posibilidad de su empleo para modificar la cualidad y el carácter de toda nuestra vida cultural: el papel del humor en la política, en el estudio y en la vida. Porque su función es química, más que física, altera la textura básica de nuestro pensamiento y experiencia. Podemos dar por sentada su importancia en la vida nacional. La incapacidad de reír costó al ex Káiser Guillermo un imperio, o como diría un norteamericano, costó miles de millones de dólares al pueblo alemán. Guillermo de Hohenzollern podía reír probablemente en su vida privada, pero siempre parecía terriblemente impresionante con sus bigotes hacia arriba en la vida pública, como si estuviera siempre furioso con alguien. Y luego la calidad de su risa y las cosas de que reía —risa por la victoria, por el buen éxito, por ponerse sobre los demás— fueron factores igualmente importantes para determinar la fortuna de su vida. Alemania perdió la guerra porque Guillermo de Hohenzollern no sabía cuándo reír, ni de qué reír. Sus sueños no estaban contenidos por la risa.

Me parece que el peor comentario que se puede hacer sobre las dictaduras es que los presidentes de las democracias pueden reír, en tanto que los dictadores parecen siempre tan serios: con una mandíbula prominente, un mentón muy resuelto y un labio inferior echado hacia afuera, **como si estuviesen haciendo algo terriblemente importante y el mundo no se pudiera salvar sino por ellos**. Franklin D. Roosevelt sonrío a menudo en público: bien por él, y bien para el pueblo norteamericano que quiere ver sonreír a su presidente. Pero, ¿dónde están las sonrisas de los dictadores europeos? ¿O sus pueblos no quieren verlos sonreír? **¿O es que, en verdad, deben parecer atemorizados, o sumamente dignos, o enojados, o, en todo caso, enormemente serios a fin de mantenerse en la silla en que cabalgan?** Lo mejor que he leído acerca de Hitler es que procede con completa naturalidad en privado. No sé cómo restaura esto mi confianza en él. Pero algo debe ir mal en las dictaduras si los dictadores tienen que parecer enojados, o si no, jactanciosos. Todo este temperamento está mal.

No nos entregamos ahora a ociosas tonterías al hablar de las sonrisas de dictadores; es terriblemente grave que nuestros gobernantes no sonrían, porque tienen todos los cañones. Por otra parte, la tremenda importancia del humor en la política sólo puede ser comprendida cuando imaginamos (con esa facultad de soñar que hemos llamado "I") un mundo de gobernantes bromistas. **Enviemos, por ejemplo, cinco o seis de los mejores humoristas del mundo a una conferencia internacional, y démosles poderes plenipotenciarios de autócratas, y el mundo se salvará.** Como el humor marcha necesariamente de la mano con el buen sentido y el espíritu razonable, más algunos poderes excepcionalmente sutiles de la mente para notar inconsistencias y locuras y mala lógica, y como ésta es la forma más alta de la inteligencia humana, podemos estar seguros de que cada nación estará representada en la conferencia por su espíritu más cuerdo y más sano. Que Shaw represente a Irlanda, Stephen Leacock a Canadá; G. K. Chesterton ha muerto, pero P. G. Wodehouse o Aldous Huxley pueden representar a Inglaterra. Will Rogers ha muerto, pero sí viviera haría un buen diplomático en

representación de los Estados Unidos; podemos poner en su lugar a Robert Benchley o Heywood Broun. Otros habrá de Italia y Francia y Alemania y Rusia. Enviemos a esta gente a una conferencia en vísperas de una gran guerra, y veamos si pueden iniciar una guerra europea, por mucho que lo intenten. ¿Se puede imaginar a este grupo de diplomáticos internacionales iniciando una guerra, o conspirando siquiera por una guerra? El sentido del humor lo veda. **Todos los pueblos son demasiado serios y medio locos cuando declaran una guerra contra otros pueblos. Tal es la seguridad que tienen de estar con la razón, de que Dios está de su lado.** Los humoristas, mejor dotados de sentido común, no piensan lo mismo. Ya veréis que George Bernard Shaw clama que Irlanda no está en lo cierto, y un caricaturista de Berlín sostiene que el error está del lado de Alemania, y Heywood Broun afirma que la parte principal de las equivocaciones corresponde a los Estados Unidos, en tanto que Stephen Leacock, en la presidencia, pide disculpas generales para la humanidad, y nos recuerda suavemente que en punto a estupidez y pura tontería ninguna nación puede decir que es superior a las demás. ¿Cómo, en nombre del humor, vamos a iniciar una guerra en esas condiciones?

Porque ¿quiénes iniciaron nuestras guerras? Los ambiciosos, los capaces, los hábiles, los que alientan designios, los cautos, los sagaces, los altaneros, los patriotas en exceso, los inspirados por el deseo de "servir" a la humanidad, los que tienen que hacerse una "carrera" y causar una "impresión" en el mundo, que esperan poder mirar al mundo con los ojos de una figura de bronce montada sobre un caballo de bronce en alguna plaza. Es curioso que los capaces, los hábiles y los ambiciosos y altaneros son al mismo tiempo los más cobardes y confusos, pues carecen de la valentía y la profundidad y la sutileza de los humoristas. Están siempre dedicados a trivialidades, en tanto que los humoristas, con su mayor alcance de espíritu, pueden pensar en cosas más grandes.

Según están las cosas, un diplomático que no susurra en voz baja y parece muy asustado e intimidado y correcto y cauto no es diplomático. Pero ni siquiera tenemos que reunir una conferencia de humoristas internacionales para salvar al mundo. En todos nosotros hay una cantidad suficiente de esta deseable mercancía que se llama sentido del humor. Cuando Europa parece estar al borde de una guerra catastrófica, podemos enviar todavía a las conferencias a nuestros peores diplomáticos, a los más "experimentados" y seguros de sí mismos, los más ambiciosos, los más murmuradores, los más intimidados y correcta y debidamente asustados, aun a los más ansiosos por "servir" a la humanidad. Si se exige que, al comenzar cada sesión de la mañana y de la tarde, se dediquen diez minutos a la exhibición de una película del Ratón Mickey, y se obliga a todos los diplomáticos a estar presentes, se podrá evitar todavía cualquier guerra.

Esto es lo que concibo como función química del humor: cambiar el carácter de nuestros pensamientos. Creo, en verdad, que llega a la raíz misma de la cultura, y abre un camino para llegar a la Edad Razonable en el mundo humano del futuro. Para la humanidad no puedo imaginar ideal más grande que el de la Edad Razonable. Porque eso, al fin y al cabo, es la única cosa importante: la llegada de una raza de hombres imbuidos de un espíritu razonable más grande, con mayor predominio del buen sentido, con pensamientos sencillos, un temperamento apacible y una perspectiva culta. El

mundo ideal para la humanidad no será un mundo racional, ni un mundo perfecto en sentido alguno, sino un mundo en que se perciban con certeza las imperfecciones y se resuelvan razonablemente las disputas. Para la humanidad, esto es francamente lo mejor que podemos esperar, y el más noble sueño que razonablemente podemos suponer se hará cierto. Esto parece implicar varias cosas: una simplicidad en el pensamiento, una alegría en la filosofía y un sutil sentido común, que harán posible esta razonable cultura. Pero ocurre que el sutil sentido común, la alegría en la filosofía y la simplicidad en el pensamiento son características del humor y deben nacer de él.

Es difícil imaginar esta especie de nuevo mundo, porque nuestro mundo actual es tan diferente. En conjunto, nuestra vida es demasiado compleja, nuestros estudios demasiados serios, nuestra filosofía demasiado sombría y nuestros pensamientos y estudios hacen que el mundo presente sea hoy tan desgraciado.

Debe darse por sentado que la sencillez de la vida y de pensamiento es el ideal más alto y más cuerdo de la civilización y la cultura, que cuando una civilización pierde su sencillez y los sofisticados no abandonan la sofisticación, la civilización se perturba cada vez más y degenera. El hombre se convierte entonces en esclavo de las ideas, pensamientos, ambiciones y sistemas sociales que son su producto. La humanidad, recargada con este peso de ideas y ambiciones y sistemas sociales, parece incapaz de elevarse sobre él. Por suerte, sin embargo, hay en el espíritu humano un poder que puede trascender todas estas ideas, pensamientos y ambiciones, y tratarlos con una sonrisa, y este poder es la sutileza del humorista. Los humoristas manejan los pensamientos y las ideas como los campeones de golf o de billar manejan sus palos o tacos, como los vaqueros campeones manejan sus lazos. Hay en ellos una facilidad, una seguridad, una ligereza de toque que proviene de la maestría. Al fin y al cabo, sólo el que maneja ligeramente sus ideas es dueño de sus ideas, y sólo el que es dueño de sus ideas no se ve esclavizado por ellas. La seriedad, al fin de cuentas, es sólo un signo de esfuerzo, y el esfuerzo es un signo de imperfecta maestría. Un escritor serio es torpe y está incómodo en el reino de las ideas, como un nuevo rico es torpe y está incómodo en sociedad. Es serio porque no ha llegado a sentirse cómodo con sus ideas.

La sencillez es, pues, paradójicamente, el signo externo y el símbolo de la profundidad del pensamiento. Me parece que la sencillez es lo más difícil de lograr en el estudio y la literatura. Muy difícil es la claridad de pensamiento, y, sin embargo, sólo cuando el pensamiento se hace claro resulta posible la sencillez. Cuando vemos que un escritor brega con una idea, podemos estar seguros de que la idea es la que brega con él. Esto se demuestra por el hecho general de que las conferencias de un joven instructor ayudante, recién graduado con altas calificaciones, son por lo común abstrusas y complicadas, y que la verdadera sencillez de pensamiento y facilidad de expresión sólo se encuentran en las palabras de los profesores más viejos. Cuando un profesor joven no habla en lenguaje pedante, es positivamente brillante, y se puede esperar mucho de él. Lo que se haya envuelto en el progreso de la tecnología a la sencillez, del especialista al pensador, es esencialmente un proceso de digestión del conocimiento, un proceso que comparo estrictamente con el metabolismo. Ningún estudioso culto puede presentarnos su conocimiento especializado en términos sencillos y humanos hasta que haya digerido

por su parte ese conocimiento y lo haya puesto en relación con sus observaciones de la vida. Entre las horas de ardua persecución de conocimientos (digamos el conocimiento psicológico de William James), entiendo que hay muchas "pausas que refrescan", como una bebida fresca después de un viaje largo y fatigoso. En esa pausa, más de un especialista verdaderamente humano se hará la pregunta tan importante: "¿De qué diablos estoy hablando?"

La sencillez presupone digestión y también madurez: a medida que envejecemos, nuestros pensamientos se hacen más claros, podemos los aspectos insignificantes y acaso falsos de una cuestión, que cesan de preocuparnos, las ideas toman formas más definidas, y largas series de pensamientos se ajustan gradualmente en una fórmula conveniente que se nos sugiere en una hermosa mañana, y llegamos a esa verdadera luminosidad del conocimiento que se llama sabiduría. No hay ya un sentido del esfuerzo, y la verdad se hace fácil de entender porque pasa a ser clara, y el lector obtiene ese supremo placer de sentir que la verdad misma es sencilla y su formulación natural. Esta naturalidad del pensamiento y el estilo, que tanto admiran los poetas y los críticos chinos, es tenida a menudo como proceso de un desarrollo que madura gradualmente. Cuando hablamos de la creciente madurez de la prosa de Su Tungp'o, decimos que "se ha acercado gradualmente a la naturalidad": un estilo que se ha despojado de su juvenil amor por la pomposidad, la pedantería, el virtuosismo y el exhibicionismo literario.

Es natural que el sentido del humor nutra esta sencillez de pensamiento. En general, un humorista mantiene contacto más estrecho con los hechos, en tanto que un teórico hurga más en las ideas, y sólo cuando trata las ideas mismas se hacen increíblemente complejos sus pensamientos. El humorista, por su parte, se libra a relámpagos de sentido común o de ingenio, que muestran la contradicción de nuestras ideas con realidad y con velocidad de rayo, y así se simplifican mucho las cosas. El contacto constante con la realidad da al humorista una especie de rebote, y también ligereza y sutileza. Todas las formas de pose, de tontería fingida o culta, de estupidez académica o de pretensión social son echadas a la calle, cortés pero efectivamente. El hombre se hace sabio porque se hace sutil e ingenioso. Todo es sencillo. Todo es claro. Por esta razón es que creo que un espíritu cuerdo y razonable, caracterizado por la sencillez en la vida y en el pensamiento, sólo puede ser logrado cuando hay un predominio mucho mayor del pensamiento humorístico.

* Lin Yutang: *La importancia de vivir*, Traducción de Román A. Jiménez, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 6ª Edición, Julio 1943.